Año 1952
Gaceta del Norte 5 agosto

56

Mascotas y gafes

Por JOAQUIN CALVO SOTELO

La mascota de un barco recientemente hundido, ha perecido en el naufragio. La tripulación, sin embargo, salvó su vida He aquí una mascota—tratábase de una perrita de aguas—que cumplió con su deber. Porque es evidente de toda evidencia, que el debere de una mascota que se estime en algo, consiste, claro, en salvar a los demás, no en salvarse a sí misma, y esto, la mascota lo hizo impecablemente. Cierto que el barco, naufragó; pero es que ha de entenderse que, la sutil protección de las mascotas, libra de la contingencia irremediable, de la que lleva aprejada la gravedad máxima, no de las iniciales y subordinadas a élla. A saber: no de que el edificio se incendie, sino de sucumbir en sus llamas; no del accidente de automóvil, si de lan herida; no de irse a pique en suma, sino de ahogarse. Debo confesar que yo no creo en su existencia, aunque la sospeche. Escribo, sin embargo, para aquellos que profesan su inofensiva idolatría y que estiman su realidad como artículo de fe. A los incursos en ese pagano y divertido culto, yo me permito llamarles la atención sobre la conveniencia de estudiar un poco cuanto a las mascotas concierne. En primer término, puede un ser—o un objeto—ajeno a toda virtud carismática, encontrase ungido, no ya sin su aquiescencia—mal podrán prestarla los irracionales, o las cosas—si no sin aptitud, y aún más, sin méritos probados. En esas circunstancias, algunos fracasos, no será lógico cargarlos en la cuenta negativa de las mascotas, sino en la de quienes les expiden títulos de tales sin el debido examen. En segundo lugar, hay mascotas de las que se esperan y reclaman imposibles y con las que convendrá usar de benevolencia. El ser mascota, por ejemplo, de una bandera del Tercio—me refiero a la cabra que suele desfilar con su escuadra de gastadores—exige una potencia enorme, ya que no es empresa trivial defender mil hombres en pie de guerra. Con certeza, el simpático rumiante, ha encontrado grandes oportunidades de persuadir a sus bravos amigos de su eficacia, pero si un día se produce algún hecho doloroso en el Tercio, habrá que ser comprensivo con la cabra. Quiero dar a entender que ciertas mascotas, cuyos servicios se exigen a presión, se agotan pronto y han de reemplazarse. Mi ilustre amigo biarrota, M. Berdineux, dejaba tan derrengado su elefantito de marfil en sus partidas de baccarrat, que tenía que cambiarlo cada dos barajas. Tomen nota de ello los del Tercio y vean si conviene que den a la cabra unas vacaciones de verano.

Pienso yo igualmente que acaso la perra de la vapora hundida, no se encontraba del todo en forma, ya que si no, o la vapora no se hubiera hundido o la perra se habría salvado; o que tal vez, y esta es una hipótesis llena de sugestiones hubiera a bordo un gafe de mayor peso que la pobre perrita, cuyas protectoras irradiaciones neutralizara en principio y a lo último, venciera. Porque es indudable que el reino de las mascotas y el de los gafes, Ormuz y Ariman, reyes del bien y del mal, tan contradictorio, tan inconciliable, no hace sino reproducir la eterna lucha de la vida. En Bilbao se habla de un violinista gafe que de un sólo golpe de arco, cortaba toda la leche de Vizcaya. Solo una mascota superdotada y en plenitud de facultades, hubiera conseguido desarmarlo. Fué preciso importar un antigafe italiano un seis cilindros del exorcismo, que devolvió la tranquilidad a las amas de casa del país vasco. Quién sabe si parientes de ese aprendiz de Sarasate pescaban el bonito en la vapora desaparecida, y si nuestra mascota no fué derrotada en desigual contienda. Derrota menor, entiéndase, porque, ya lo hemos dicho, la tripulación se salvó íntegra y sólo la perrita de aguas no pudo volver a puerto. Ah, yo llego a pensar, inclusive, en la posibilidad de su voluntaria inmolación. La mascota, aullando dramáticamente, en la cubierta. Los marineros, sobre la lancha salvadora, protegidos por los efluvios del abnegado can, rumbo a la costa. Y he aquí una sola, más encrespada que las otras, que le lleva al abismo. Pobre y magnífica mascota, presa de la muerte, caída en su puesto: así los viejos capitanes de los naufragios heroicos.

Mis líneas están inflamadas de una profunda simpatía y admiración por la perrita de aguas, pero incumplirían su objeto esencial si acabasen ahí. O sea, si no dedujesen de lo sucedido, las lógicas consecuencias. Esto es: yo abogo por una revisión general de las mascotas vigentes, por la comprobación de su eficacia, por su puesta a punto. Escarmienten en cabeza ajena sus devotos y tomen las medidas necesarias para que tan luctuoso episodio no se repita. Preserven de catástrofes, tanto a quienes figuran en los etéreos y misteriosos escalafones de las mascotas, como al innumerable censo de sus protegidos. Y no tomen a importancia este consejo que yo, empedernido ateo de esa pintoresca teología, doy a sus creyentes fervorosos.